

Conferencia en la Universidad de Bonn, 22.4.2008

29.5.1958 : † Juan Ramón Jiménez

PLATERO Y NOSOTROS

por Ricardo Bada

Incluyendo la dedicatoria a Aguedilla y sin incluir los títulos de los capítulos, el texto neto de *Platero y yo* tiene una extensión de 31.531 palabras. De ellas, nada menos que 24.837 –me he entretenido en contarlas–, están dedicadas a los habitantes del pueblo de Moguer que no son ni Platero ni Juan Ramón: es decir, a “nosotros”. Pensé, pues, que iba siendo hora de que nos ocupásemos de ese otro libro que es *Platero y nosotros*, de ese otro libro también escrito (y no entre líneas, sino línea a línea, palabra a palabra) por aquel solipsista, ególatra y egocentrista que dicen que fue Juan Ramón Jiménez.

Se ha afirmado que si un terremoto –u otra catástrofe natural– acabase alguna vez con Dublín, la capital de Irlanda podría reconstruirse echando mano del *Ulises* de Joyce. No es tan así, hay en ello una mijita de exageración (de la que puedo dar fe por inspección ocular propia en 1979 y en 2004). Pero la verdad poética admite esa mijita de exageración, y siendo yo andaluz de nacimiento la recabo también para mí. Y afirmo que si un voraz incendio redujese a cenizas todos los registros municipales de Moguer, el censo del pueblo, al menos el de aquella época, se podría rehacer con una aproximación del 90% en base a las páginas de *Platero y yo*.

Déjese me decir además que en 1914, cuando Juan Ramón fecha su libro, se está adelantando en diez años al europeísmo que todo el mundo alabará en 1924 como uno de los principales méritos de *Der Zauberberg* (*La montaña mágica*), la formidable novela de Thomas Mann. En *Platero y yo* hay citas en inglés, gallego, francés e italiano, como en *Der Zauberberg* las hay en italiano, francés y neerlandés, subrayando el carácter paneuropeo de ambos textos.

Así, en el capítulo titulado “Antonia”:

«Olía a lirio, a agua, a amor. Cual una corona de rosas con espinas, el verso que Shakespeare hizo decir a Cleopatra, me ceñía, redondo, el pensamiento:

O happy horse, to bear the weight of Anthony!»

Y en “El niño tonto”:

«me acordé de Curros [Enríquez], padre más que poeta, que, cuando se quedó sin su niño, le preguntaba por él a la mariposa gallega:

Volvoreta d'aliñas douradas...»

Y en el que no por casualidad está dedicado a Ronsard, el delicado poeta francés:

«Libre ya Platero del cabestro, y paciendo entre las castas margaritas del pradecillo, me he echado yo bajo un pino, he sacado de la alforja moruna un breve libro, y, abriéndolo por una señal, me he puesto a leer en alta voz:

*Comme on voit sur la blanche au mois de mai la rose
En sa belle jeunesse, en sa premiere fleur,
Rendre le ciel jaloux de...*

Arriba, por las ramas últimas, salta y pía un leve pajarillo, que el sol hace, cual toda la verde cima suspirante, de oro. Entre vuelo y gorjeo, se oye el partirse de las semillas que el pájaro se está almorzando.

... *jaloux de sa vive couleur,*

Una cosa enorme y tibia avanza, de pronto, como una proa viva, sobre mi hombro...

Es Platero, que, sugestionado, sin duda, por la lira de Orfeo, viene a leer conmigo. Leemos:

... *vive couleur,*

Quand l'aube de ses pleurs au point du jour l'a...

Pero el pajarillo, que debe digerir aprisa, tapa la palabra, con una nota falsa.

Ronsard, olvidado un instante de su soneto “Quand en songeant ma follatre j'accolle”, se debe haber reído en el infierno».

Y en “La luna”, donde cita a Leopardi sin nombrarlo:

«Una gran nube negra, como una gigantesca gallina que hubiese puesto un huevo de oro, puso la luna sobre una colina.

Yo le dije a la luna:

... *Ma sola*

*ha questa luna in ciel, che da nessuno
cader fu vista mai se non in sogno.*

Platero la miraba fijamente y sacudía, con un duro ruido blando, una oreja. Me miraba absorto y sacudía la otra».

Debo confesar que mi relación personal con Juan Ramón es de muy vieja data. Es de tan vieja data que se remonta a los días de mi infancia, de cuando aprendí a leer y me escapaba horas y horas al alpende de la casa donde nací, en el n° 21 de la calle de los Tumbados, la misma que ustedes tal vez sólo conozcan como calle de Alonso Sánchez. Y desde aquella altura, en realidad pequeña para las dimensiones enanorrascacielistas de hoy, mi vista se alzaba a veces del libro que estaba leyendo y se me perdía a lo lejos, hacia el sur, y yo veía desde mi casa toda la orilla del Tinto desde algo más acá de San Juan del Puerto, hasta el estero de Domingo Rubio, y en ese panorama brillaban con presencia destacada el convento de la Rábida, el monumento de 1892, y los caseríos de Palos y Moguer, este con la torre de esa iglesia que todavía hoy nos sigue pareciendo «de cerca, como una Giralda vista de lejos».

Y años más tarde, en 1961, en la recién fundada Radio Popular de Huelva, un compañero me llamó la atención acerca de una persona, Francisco Romero Gómez, ocho años más joven que Juan Ramón, y que trabajó durante doce para la familia del poeta, justo cuando se estaba gestando *Platero y yo*. Lo citamos en la emisora, y vino y lo pudimos entrevistar, y fue una entrevista muy pedagógica, porque Francisco, a sus 72 años bien cumplidos, desmontó con sus recuerdos varios de los capítulos del libro. Por ejemplo “La fantasma”, donde Juan Ramón, con su mirada cinematográfica, nos narra un cortometraje perfecto:

«La mayor diversión de Anilla la Manteca, cuya fogosa y fresca juventud fue manadero sin fin de alegrones, era vestirse de fantasma. Se envolvía toda en una sábana, añadía harina al azucenón de su rostro, se ponía dientes de ajo en los dientes, y cuando, ya después de cenar, soñábamos, medio dormidos, en la salita, aparecía ella de improviso por la escalera de mármol, con un farol encendido, andando lenta, imponente y muda. Era, vestida ella de aquel modo, como si su desnudez se hubiese hecho túnica. Sí. Daba espanto la visión sepulcral que traía de los altos oscuros, pero, al mismo tiempo, fascinaba su blancura sola, con no sé qué plenitud sensual...

Nunca olvidaré, Platero, aquella noche de setiembre. La tormenta palpitaba sobre el pueblo hacía una hora, como un corazón malo, descargando agua y piedra entre la desesperadora insistencia del relámpago y del trueno. Rebosaba ya el aljibe e inundaba el patio. Los últimos acompañamientos –el coche de las nueve, las ánimas, el cartero– habían ya pasado... Fui, tembloroso, a beber al comedor, y en la verde blancura de un relámpago, vi el eucalipto de las

Velarde –el árbol del cuco, como le decíamos, que cayó aquella noche–, doblado todo sobre el tejado del alpende...

De pronto, un espantoso ruido seco, como la sombra de un grito de luz que nos dejó ciegos, conmovió la casa. Cuando volvimos a la realidad, todos estábamos en sitio diferente del que teníamos un momento antes y como solos todos, sin afán ni sentimiento de los demás. Uno se quejaba de la cabeza, otro de los ojos, otro del corazón... Poco a poco fuimos tornando a nuestros sitios.

Se alejaba la tormenta... La luna, entre unas nubes enormes que se rajaban de abajo a arriba, encendía de blanco en el patio el agua que todo lo colmaba. Fuimos mirándolo todo. Lord iba y venía a la escalera del corral, ladrando loco. Lo seguimos... Platero : abajo ya, junto a la flor de noche que, mojada, exhalaba un nauseabundo olor, la pobre Anilla, vestida de fantasma, estaba muerta, aún encendido el farol en su mano negra por el rayo».

Se lo leyó Vicente Quiroga a Francisco Romero Gómez, quien nos había asegurado antes que no conocía el libro, y al terminar ese capítulo le pregunté si fue así como murió Anilla la Manteca, y Francisco, sin vacilar, me respondió: «No señor, la Anilla murió en su cama, de su muerte naturá».

Ya entonces andaba yo reinando en la idea de que en *Platero y yo* había mucho “yo”, sí, pero casi más “nosotros” que yo. Porque cada día leíamos un capítulo por la radio, de cuyo montaje musical me encargaba yo, y mi lectura fue, pues, muy minuciosa, muy atenta a los pormenores de aquella prosa aparentemente tan sencilla, de diáfana y suelta, como agua de manantial. Aún conservo el ejemplar que usé entonces, con las anotaciones manuscritas de las músicas que se me ocurrían para ilustrar y subrayar el texto. Me da bastante vergüenza cuando descubro cosas tan obvias como que para el capítulo “La tísica”, usé nada menos que el *Vals triste*, de Sibelius. ¿Es que les faltaba tristeza a las palabras de Juan Ramón? No, todo lo contrario: les sobraba. Hoy me doy cuenta de que mi subrayado musical era un insulto a su prosa.

Pues bien. Ha tenido que transcurrir casi medio siglo para que por fin me aplicase a la tarea de rescatar el “nosotros” de *Platero y yo*, pero doy por bien empleado el tiempo porque ese medio siglo ha estado lleno de vida y experiencias, y de relecturas de este libro tan querido, de modo y manera que pude abordar su censo con una desvergonzada familiaridad, y cargado de tesoros.

Y entrando en harina : Son muchas más las escenas en que Juan Ramón habla de los niños que de los adultos. Los niños suelen correr por *Platero y yo*, las más de las veces anónimos y en grupo: los adultos, por el contrario, aunque también son muchas las menciones gremiales o colectivas, en hartas más ocasiones aparecen individualizados y con nombre. Por ello, y para que haya un cierto método, he dividido las citas en cuatro apartados: los niños; los adultos en apariciones plurales; los forasteros; y por último los adultos moguerños con nombre propio y, en algunos casos, con apellidos.

De entre los niños, los primeros que aparecen en grupo son «los niños pobres [que] juegan a asustarse, fingiéndose mendigos», pero ya entre ellos destaca individualizado uno, «una niña forastera, que habla de otro modo, la sobrina del Pájaro Verde, [la cual,] con voz débil, hilo de cristal acuoso en la sombra, canta entonadamente, cual una princesa:

*Yo soy laaa viudiiitaa
del Condeee de Oree...»*

Esta sobrina del Pájaro Verde comparte anonimato a medias con el hijo del aperador, al que las orejas se le ponen tan coloradas y tan calientes cuando va a llover.

Y también con el niño tonto sentado en su sillita, a la puerta de su casa, en la calle de San José, mirando el pasar de los otros; «niño alegre él, y triste de ver; todo para su madre, nada para los demás».

Y también con «la chiquilla del carbonero, bonita y sucia cual una moneda, bruñidos los negros ojos y reventando sangre los labios prietos entre la tizne, [cantando, sentida y dulce] a la puerta de la choza, sentada en una teja, durmiendo al hermanito:

*Mi niiiño se va a dormií
en graaasia de la Pajtoraaa...»*

Y también con «la niña chica [que] era la gloria de Platero», que «en cuanto la veía venir hacia él, entre las lilas, con su vestidillo blanco y su sombrero de arroz, llamándolo dengosa: – ¡Platero, Plateriillo!», quería partir la cuerda, y saltaba igual que un niño, y rebuznaba loco... la que en los largos días que «navegó en su cuna alba, río abajo, hacia la muerte», cuando nadie se acordaba de Platero, «ella, en su delirio, lo llamaba triste: ¡Plateriillo!»

Y también con los niños del enterrador, los que con tanto gusto se comen su pan con manteca colorada.

Y también con la chiquilla de los piñones, «doblada con su espuerta, la niña de la Arena, que pregona larga y sentidamente: ¡A loj tojtaiiitooj piñoneee...!»

Y también con «los niños del casero, que no tienen Nacimiento, [que] se vienen alrededor de la candela, pobres y tristes, a calentarse las manos arrecidas, y echan en las brasas bellotas y castañas, que revientan, en un tiro. Y se alegran luego, y saltan sobre el fuego que ya la noche va enrojeciando, y cantan:

*...Camina, María
camina, José...»*

Y al lado de estos niños semianónimos, identificados por su parentela o por su trabajo (y bien saben los dioses que me duele hablar de trabajo tratándose de niños), aquellos otros, muchos, que tienen nombre y, a veces, hasta apellidos:

Rociílo, la que ponía la mano de Juan Ramón, con la suya, en su corazón, sobre el que el pecho joven subía y bajaba como una menuda ola prisionera.

Y Adela, la que apenas sabía correr, gordinflona y chica.

Y las cuatro sobrinas de Juan Ramón, las hijas de su hermana Victoria, la mayor también Victoria, que fue la que agarró el racimo olvidado y lo defendía a su espalda, y con ella Lola, Pepa y Blanca.

Y también el amigo de Juan Ramón, del colegio de don Carlos, que tenía un sello de caucho con su nombre: **Francisco Ruiz, Moguer**.

Y al lado de estas individualizaciones, incontables veces el colectivo “los niños”, a veces “los chiquillos”. Y tan pronto como en el capítulo 11, la premonición de la muerte de Platero, y de cómo los niños van a acompañarle tras la muerte, igual que lo acompañaron en la vida:

«Yo te enterraré al pie del pino grande y redondo del huerto de la Piña, que a ti tanto te gusta. Estarás al lado de la vida alegre y serena. Los niños jugarán y coserán las niñas en sus sillitas bajas a tu lado. Sabrás los versos que la soledad me traiga. Oirás cantar a las muchachas cuando lavan en el naranjal y el ruido de la noria será gozo y frescura de tu paz eterna. Y, todo el año, los jilgueros, los chamarices y los verdones te pondrán, en la salud perenne de la copa, un breve techo de música entre tu sueño tranquilo y el infinito cielo de azul constante de Moguer».

Y de los niños podemos pasar a los habitantes de Moguer presentados como colectivos, unos colectivos que ya están presentes en el arranque mismo del libro, cuando «los hombres del campo, vestidos de limpio y despaciosos» se quedan mirando a Platero y musitan:

«- Tien'asero...»

Y los bodegueros que le decían, riendo, a Juan Ramón que la verja cerrada no tenía llave.

Y los panaderos que «llegan trotando en sus caballos, se paran en cada puerta entornada, tocan las palmas y gritan: "¡El panaderooo!"»

Y los mendigos, camino de Sanlúcar.

Y las mujeres que se asomaban a las puertas a ver pasar a Platero despacio, «como sabiendo que llevaba encima un frágil lirio de cristal fino. [Era] la niña [tísica], con su hábito cándido de la Virgen de Montemayor, lazado de grana, transfigurada por la fiebre y la esperanza, [y] parecía un ángel que cruzaba el pueblo, camino del cielo del sur».

Y cuando la procesión del Corpus, las banderas de los gremios denotan la presencia de los mismos:

«La bandera carmín, y San Roque, Patrón de los panaderos, cargado de tiernas roscas; la bandera glauca, y San Telmo, Patrón de los marineros, con su navío de plata en las manos; la bandera gualda, y San Isidro, Patrón de los labradores, con su yuntita de bueyes; y más banderas de más colores».

Y por supuesto, cerrando la procesión, la guardia civil.

También están «los trabajadores [que] canturrean por lo bajo, en un soñoliento cansancio».

Y los vendedores que al llegar de la Ribera exaltan sus asedías, sus salmonetes, sus breccas, sus mojarras, sus bocas.

Y las lavanderas y «las viudas que [sentadas en los zaguanes] piensan en los muertos, que duermen tan cerca, detrás de los corrales».

Y en las puertas de las casas, los novios que comen los piñones tostaítos que le compran a la niña de la Arena, «trocando, entre sonrisas de llama, meollos escogidos».

Y «las gentes, ¡las pobres gentes!» que van a misa los domingos.

Y esos guardas de los huertos que suenan el latón para asustar a los rabúos, que vienen por naranjas, en grandes bandos celestes.

Y los vendimiadores y los bodegueros y los lagareros.

Y los labradores que madrugan más que el sol

Y los cazadores que se suben por los vallados para ver más lejos.

Y los carboneros que al amparo de la noche salen a diezmar los pinares.

Y «los marineros, con sus trajes de paño de varios azules, en hazas, como el campo de octubre»

Y los cavadores que sacan huesos, monedas y tinajas del Monturrio, del Mons Urium de los romanos, lo que le vale a Juan Ramón para decir que «Colón no me da demasiado bienestar, Platero. Que si paró en mi casa, que si comulgó en Santa Clara, que si es de su tiempo esta palmera o la otra hospedería. Está cerca y no va lejos, y ya sabes los dos regalos que nos trajo de América. Los que me gusta sentir bajo mí, como una raíz fuerte, son los romanos, los que hicieron ese hormigón del Castillo que no hay pico ni golpe que arruine».

Y están luego los individualizados anónimos, o sólo por su profesión:

El cochero del coche de las seis cantando por espantar el miedo a la tormenta que se acerca.

Y el diputado, la maestra, el forense, el recaudador, el alcalde o la comadrona, contra quienes disparan sus escopetas los mogueños en los muñecos vicarios del rito popular de matar al Judas.

Y el guarda, que en un arranque de mal corazón saca la escopeta y dispara contra el perro sarnoso.

Y vistos desde la azotea de la casa, «el sillero, el pintor, el tonelero (...) una muchacha en camisa que se peina, descuidada, cantando», y un músico solitario que ensaya el cornetín en un granero, mientras en otro «el amor violento hace, redondo, ciego y cerrado, de las suyas».

Y el amolador, con su pito.

Y el cancerbero de los Consumos, un hombre oscuro que baja a preguntarle a Juan Ramón:

«– ¿Ba argo?»

Y Juan Ramón le contesta:

«– Vea usted... Mariposas blancas...»

Y está también el ciego que le ordeña a su burra la leche para los catarrosos, y del que cuenta Juan Ramón no sin cierta irónica solidaridad malthusiana con la pobre burra vieja:

«Una tarde, yendo yo con Platero por la cañada de las Ánimas, me vi al ciego dando palos a diestro y siniestro tras la pobre burra que corría por los prados, sentada casi en la yerba mojada. Los palos caían en un naranjo, en la noria, en el aire, menos fuertes que los juramentos que, de ser sólidos, habrían derribado el torreón del Castillo... No quería la pobre burra vieja más advientos y se defendía del destino vertiendo en lo infecundo de la tierra como Onán, la dádiva de algún burro desahogado... El ciego, que vive su oscura vida vendiendo a los viejos por un cuarto, o por una promesa, dos dedos del néctar de los burrillos, quería que la burra retuviese, de pie, el don fecundo, causa de su dulce medicina. Y ahí está la burra, rascando su miseria en los hierros de la ventana, farmacia miserable, para todo otro invierno, de viejos fumadores, tísicos y borrachos».

Y luego, para cerrar este capítulo, los misteriosos, los no identificables, como ese «alguien» que se esconde, tácito, cuando Platero y Juan Ramón pasan delante de él... o de ella... en el capítulo “Escalofrío”, o el hombre solitario que en el capítulo “Nocturno” tuerce la esquina bajo una roja y vacilante farola por la última casa de la calle de la Fuente. «¿Yo? [pregunta retóricamente el poeta, para responder sin solución de continuidad:] No, yo, en la fragante penumbra celeste, móvil y dorada, que hacen la luna, las lilas, la brisa y la sombra, escucho mi hondo corazón sin par».

Queda ya, tan sólo, Ella:

«Platero; acaso ella se iba –¿adónde?– en aquel tren negro y soleado que, por la vía alta, cortándose sobre los nubarrones blancos, huía hacia el norte. ¡Breve cabeza rubia, velada de negro!... Era como el retrato de la ilusión en el marco fugaz de la ventanilla. Tal vez ella pensara:

–¿Quiénes serán ese hombre enlutado y ese burrillo de plata?»

Mientras nosotros nos quedamos preguntándonos: ¿y quién sería Ella?

También aparece en *Platero y yo* bastante gente no mogueña: forasteros, húngaros, gitanos...

«¡Qué bien lleva su pasada belleza, gallarda todavía, como en roble, el pañuelo amarillo de talle, en invierno, y la falda azul de volantes, lunareada de blanco! Va al Cabildo, a pedir permiso para acampar, como siempre, tras el cementerio. Ya recuerdas los tenduchos astrosos de los gitanos, con sus hogueras, sus mujeres vistosas, y sus burros moribundos, mordisqueando la muerte, en derredor. ¡Los burros, Platero! ¡Ya estarán temblando los burros de la Friseta, sintiendo a los gitanos desde los corrales bajos!»

Un temor a los gitanos que se repite en otro momento, pero haciendo la salvedad de que no es tan sólo a la gente del bronce a la que deben temerle los borricos:

«Pienso en lo que habría sido del pobre Platero, si en vez de caer en mis manos de poeta hubiese caído en las de uno de esos carboneros que van, todavía de noche, por la dura escarcha de los caminos solitarios, a robar los pinos de los montes, o en las de uno de esos gitanos astrosos que pintan los burros y les dan arsénico y les ponen alfileres en las orejas para que no se les caigan».

E insiste Juan Ramón en la hermosura de las gitanas, a despecho de su edad:

«Súbete aquí en el vallado, Platero. Anda, vamos a dejar que pasen esas pobres viejas...

Deben venir de la playa o de los montes. Mira. Una es ciega y las otras dos la traen por los brazos. (...) Mira qué despacito andan, qué cuido, qué medida ponen las dos que ven en su acción. Parece que las tres temen a la misma muerte. (...) Son gitanas. Mira sus trajes pintorescos, de lunares y volantes. ¿Ves? Van a cuerpo, no caída, a pesar de la edad, su esbeltez. Renegridas, sudorosas, sucias, perdidas en el polvo con sol del mediodía, aún una flaca hermosura recia las acompaña, como un recuerdo seco y duro...»

Y no parece guardarles rencor a los gitanillos que corren detrás de él y de Platero:
«Vestido de luto, con mi barba nazarena y mi breve sombrero negro, debo cobrar un extraño aspecto cabalgando en la blandura gris de Platero. Cuando, yendo a las viñas, cruzo las últimas calles, blancas de cal con sol, los chiquillos gitanos, aceitosos y peludos, fuera de los harapos verdes, rojos y amarillos, las tensas barrigas tostadas, corren detrás de nosotros, chillando largamente.
– ¡El loco! ¡El loco! ¡El loco!»

Pero en cambio es de una dureza implacable, como de aguafuerte goyesco, cuando habla de los húngaros:

«La muchacha, estatua de fango, derramada su abundante desnudez de cobre entre el desorden de sus andrajos de lanas granas y verdes, arranca la hierbaza seca a que sus manos, negras como el fondo de un puchero, alcanzan. La chiquilla, pelos toda, pinta en la pared, con cisco, alegorías obscenas. El chiquillo se orina en su barriga como una fuente en su taza, llorando por gusto. El hombre y el mono se rascan, aquél la greña, murmurando, y éste las costillas, como si tocase una guitarra. De vez en cuando, el hombre se incorpora, se levanta luego, se va al centro de la calle y golpea con indolente fuerza el pandero, mirando un balcón. La muchacha, pateada por el chiquillo, canta, mientras jura desgarradamente, una desentonada monotonía. Y el mono, cuya cadena pesa más que él, fuera de punto, sin razón, da una vuelta de campana y luego se pone a buscar entre los chinos de la cuneta uno más blando. (...)

– Ahí tienes, Platero, el ideal de familia de Amaro... Un hombre como un roble, que se rasca; una mujer, como una parra, que se echa; dos chiquillos, ella y él, para seguir la raza, y un mono, pequeño y débil como el mundo, que les da de comer a todos, cogiéndose las pulgas».

Y trayendo «el rumor del lejano bosque de Doñana, el misterio del pinar de las Ánimas, la frescura de las Madres y de los dos Frenos, el olor de la Rocina», también desfilan por *Platero y yo* las carretas del Rocío, «como lechos, colgadas de blanco, con las muchachas, morenas, duras y floridas, sentadas bajo el dosel, repicando panderetas y chillando sevillanas» y las alegres parejas de novios, ellos alegres, valientes ellas, en burros, mulas y caballos ataviados a la moruna y la crin trenzada. «Y el mayordomo -¡Viva la Virgen del Rocío! ¡Viva!- calvo, seco y rojo, el sombrero ancho a la espalda y la vara de oro descansada en el estribo».

(Por cierto que en la edición crítica del libro, en Cátedra, Madrid 1980, el profesor Michael P. Predmore incluye esta nota a pie de página a propósito del Coto de Doñana: «El famoso cazadero de inmensa extensión, situado en la provincia de Cádiz, lindando con la de Huelva». Me permito sugerir que la Diputación Provincial le envíe a Mr. Predmore un mapa del Coto, porque sabido es que los errores, una vez impresos, adquieren la manía de perpetuarse. Pero también es sabido que rectificar es de sabios).

Hay más forasteros, individualizados, en *Platero y yo*.

Hay «un mendigo nuevo, un portugués que va hacia las rozas, un ladrón acaso».

Y también un negrito, Sarito, el criado de Rosalina Brau, la novia puertorriqueña de Juan Ramón, Sarito que se escapó de Sevilla para torear por los pueblos, y venía de Niebla, andando, el capote al hombro, con hambre y sin dinero.

Y en la calle Nueva —luego Cánovas, luego Fray Juan Pérez— (ya vemos que los rebautizos en el callejero no son cosa de nuestros días), don José, el dulcero de Sevilla.

Y monsieur Dupont, el de las bodegas de San Juan del Puerto, que llegó un día a la casa de Juan Ramón, dejó sobre el velador de la salita unos billetes, y se fue con Lauro al corral, para enganchar el caballo Almirante a su *charret* y hacer así que enfermara el poeta.

Y Lucía, la muchacha titiritera del circo, de cabellera de fuego y unas finas piernas bellas, que alarga la malla gris.

Y anunciado a voz en grito por la chiquillería, el hombre de las vistas, con «una pequeña caja verde con cuatro banderitas rosas, [que] espera sobre su catrecillo, la lente al sol. El viejo toca el tambor. Un grupo de chiquillos sin dinero, las manos en el bolsillo o a la espalda, rodean, mudos, la cajita. A poco, llega otro corriendo, con su perra en la palma de la mano. Se adelanta, pone sus ojos en la lente...

– ¡Ahoora se verá... al general Prim... en su caballo blancoooo...! –dice el viejo forastero con fastidio, y toca el tambor.

– ¡El puerto... de Barcelonaaaa...! –y más redoble.

Otros niños van llegado con su perra lista, y la adelantan al punto al viejo, mirándolo absortos, dispuestos a comprar su fantasía. El viejo dice:

– ¡Ahoora se verá... el castillo de la Habanaaaa! –y toca el tambor».

Y transitan también las calles mogueñas «el liencero de La Mancha con su fardo gris al hombro» y «el quincallero de Lucena, todo cargado de luz amarilla, sonando su tin–tan que recoge en cada sonido el sol», y Arias, el platero de Sevilla, que un día llega a la casa de Juan Ramón acompañado de un viajante de escritorio y despertando un fervor de entusiasmo en el niño que va para poeta:

«¡Qué embeleso de reglas, de compases, de tintas de colores, de sellos! Los había de todas las formas y tamaños. Yo rompí mi alcancía, y con un duro que me encontré, encargué un sello con mi nombre y pueblo. ¡Qué larga semana aquélla! ¡Qué latirme el corazón cuando llegaba el coche del correo! ¡Qué sudor triste cuando se alejaban, en la lluvia, los pasos del cartero! Al fin, una noche, me lo trajo. Era un breve aparato complicado, con lápiz, pluma, iniciales para lacre... ¡qué sé yo! Y dando a un resorte, aparecía la estampilla, nuevecita, flamante. ¿Quedó algo por sellar en mi casa? ¿Qué no era mío? Si otro me pedía el sello –¡cuidado, que se va a gastar!–, ¡qué angustia! Al día siguiente, con qué prisa alegre llevé al colegio todo, libros, blusa, sombrero, botas, manos, con el letrado:

Juan Ramón Jiménez, Moguer».

Nos quedan ahora por censar los mogueños con nombre y/o apellidos.

A algunos, la mención los identifica como taberneros: «Cada casa es, en cada calle, como una botella en la estantería de Juanito Miguel o del Realista, cuando el poniente las toca de sol». Tabernas donde Villegas se achicharraría el cuerpo con el coñac y el aguardiente, el pobre Villegas, el que se bebía de una vez el mismo cubo lleno de agua pura y fresquita del aljibe con el que Juan Ramón también le da de beber a Platero.

Otros son claramente familiares del poeta: Mamá Teresa (la abuela materna), Montemayor, la tita, María Teresa, Lolilla, Perico... o las criadas de su casa. Y «las criadas, que son una de la Friseta, otra del Monturrio, otra de los Hornos, oyen embobadas [a Granadilla, la hija del sacristán de San Francisco]. Cuenta de Cádiz, de Tarifa y de la Isla; habla de tabaco de contrabando, de telas de Inglaterra, de medias de seda, de plata, de oro». Luego sale taconeando y contoneándose, y las criadas se quedan comentando sus palabras de colores.

«Veo a Montemayor mirando una escama de pescado contra el sol, tapado el ojo izquierdo con la mano...», sigue diciendo Juan Ramón: «Cuando le pregunto qué hace, me responde que es la Virgen del Carmen, que se ve, bajo el arco iris, con su manto abierto y bordado, en la escama, la Virgen del Carmen, la Patrona de los marineros; que es verdad, que se lo ha dicho Granadilla».

Y otra criada es la Macaria, la que enjabonaba cada mañana a Lord, el perro, la misma que le contaría a Juan Ramón que Pinito, el tonto, murió de una borrachera, en casa de las Colillas.

La Colilla y su hija, unas «buenas mozas blancas, iguales casi, vestidas siempre de negro», son las putas del pueblo, y su «nocturno campo de amor» lo tienen en una casa «blanca y azul, entre las bodegas y los muros sucios que bordean el jaramago y la ortiga, y se diría que nadie vive en ella».

Y en la escuela «Doña Domitila –de hábito de Padre Jesús Nazareno, morado todo con el cordón amarillo, igual que Reyes, el besugero–. Y en la calle de la Ribera, la casilla de Arreburra, el aguador, con su corral al sur, dorado siempre de sol, desde donde Juan Ramón miraba Huelva, encaramándose en la tapia: y la hija de Arreburra, que entonces le parecía una mujer y que le daba azamboas y besos. Y en la iglesia el cura, de quien dice el poeta: «Nunca oí hablar más mal a un hombre ni remover con sus juramentos más alto el cielo». Y con el cura el pobre Baltasar, su casero, con hernia testicular, «arrastrando por los caminos la quebradura, que parece el globo del circo, hasta el pueblo, para vender sus míseras escobas o para rezar con los pobres por los muertos de los ricos...»

Y también desfilan por el libro Purita, la costurera, y Lolilla, la tonta.

Y Aguedilla, la del arroyo de las Monjas, y Antoñilla, la de aquel traje dominguero con el que se escarrancharía, amazona de Platero, para cruzar el arroyo que venía crecido, y es entonces cuando dice Juan Ramón: «Cual una corona de rosas con espinas, el verso que Shakespeare hizo decir a Cleopatra, me ceñía, redondo, el pensamiento: “¡Oh caballo feliz de cargar con el peso de Antonia!”» (porque apuesto doble contra sencillo a que mentalmente Juan Ramón no tradujo el “Anthony” de Shakespeare como “Antonio”).

Y luego Mariano, el del naranjal, y Manolito Flórez, el que le daba al niño Juan Ramón chocolate en cuyos envoltorios venían estampas.

Y don Julián, tan viejo y torpe como la yegua que el Sordo lleva una mañana al moridero.

Y el Manquito, el mozo de los coches, y Raposo, el aperador, que ayuda a Juan Ramón a extraerle a Platero, de entre las quijadas, la sanguijuela llena y negra que lo atormenta.

Y Rangel, el guarda, y Pioza, el viejo guarda de viñas, borracho en el suelo de la era, tocando su caracol de cara a la luna, hora tras hora.

Y don Camilo, que pintaba palomos, y Modesto, el de la banda de música.

Y Parrales, el bandido, y don Ignacio, con su contrabando de aguardiente.

Y el diputado en el refidero de gallos con el Litri, «ese torero gordo y lustroso de Huelva», y el alcalde de entonces, Frasco Vélez, que busca la soledad que dejan sus tiros para pasar su aguardiente de pita y de higo, así como el anterior, Vasco, para conseguir lo mismo, vestía al Tonto de fantasma.

Y el Quemado, el de los burros que cargan arena, y Don Joaquín de la Oliva, el Pájaro Verde y otros que los oyeron y decían de la tortuga que era una tortuga griega, a la que una vez el Sordito le dio un tiro, cuenta Juan Ramón, «para que viéramos lo dura que era. Rebotaron los plomos y uno fue a matar a un pobre palomo blanco, que estaba bebiendo bajo el peral».

Un episodio que amo en especial es el de la perra de Lobato el tirador:

«Parió cuatro perritos, y Salud, la lechera, se los llevó a su choza de las Madres porque se le estaba muriendo un niño y don Luis le había dicho que le diera caldo de perritos. (...) Dicen

que la perra anduvo como loca todo aquel día, entrando y saliendo, asomándose a los caminos, encaramándose en los vallados, oliendo a la gente... (...) Tú sabes bien lo que hay de la calle de Enmedio a la pasada de las Tablas... Cuatro veces fue y vino la perra durante la noche, y cada una se trajo a un perrito en la boca, Platero. Y al amanecer, cuando Lobato abrió su puerta, estaba la perra en el umbral mirando dulcemente a su amo, con todos los perritos agarrados, en torpe temblor, a sus tetillas rosadas y llenas...»

En este episodio tan hermoso, el don Luis del tan curioso remedio («caldo de perritos»), tal vez tomado de la cocina china, es don Luis, el médico, y hay otro médico en el libro, Darbón, el médico de Platero, «grande como el buey pío, rojo como una sandía. Pesa once arrobas. Cuenta, según él, tres duros de edad».

Y están también Doña Camila (sesenta años y tres veces viuda) y Satanás (setentón así mismo viudo, una sola vez), que se casan y les dan una cencerrada: cree Juan Ramón que quienes hicieron sus figuras en ella fueron Pepe el Pollo y Concha la Mandadera que iba vestida de blanco y rosa, dando lección, con el cartel y el puntero, a un cochinito, mientras él tenía un pellejo vacío de mosto en una mano y con la otra le sacaba a ella de la faltriguera una bolsa de dinero. Y abriendo camino al desfile, Pepito el Retratado, vestido de cura, en un burro negro, con un pendón.

Y por cierto que el vecino que hace la figura de Satanás le recuerda a Juan Ramón «aquel hombre que yo creía en mi niñez que quemaba los montes, una especie de Pepe el Pollo –Oscar Wilde, muguereño–, ya un poco viejo, moreno y con rizos canos, vestida su afeminada redondez con una chupa negra y un pantalón de grandes cuadros en blanco y marrón, cuyos bolsillos reventaban de largas cerillas de Gibraltar». Y cuya contrapartida vendría a ser el Don Juan del pueblo, León, «vestido ya y perfumado para la música del anochecer, con su saquete a cuadros, sus botas de hilo blanco y charol negro, su descolgado pañuelo de seda verde y, bajo el brazo, los relucientes platillos». Añade Juan Ramón que le dice que «a cada uno le concede Dios lo suyo; que si yo escribo en los diarios... él, con ese oído que tiene, es capaz...

–Ya v'osté, don Juan, loj platiyo... El ijtrumento más difisi... El unquito que ze toca zin papé...»

Y se va silbando no se sabe qué pasodoble, sin duda la pieza nueva de la noche. Pero vuelve de pronto y le da una tarjeta al señor que escribe en los diarios:

LEÓN
Decano de los mozos de cuerda de Moguer

Y hay un hombre sobrio, seco y sencillo de la Carretería, por ejemplo, Raposo, y un hombre alegre, moreno y rubio, Picón, de la calle de la Ribera, la de los marineros.

Y el inefable Lipiani, que saca de paseo a los niños de la escuela y que con el pretexto de la hermandad en Dios, y aquello de que los niños se acerquen a mí, hace que cada niño reparta con él su merienda, las tardes de campo, que él menudea, y así se come trece mitades él solo.

Y Pinito, el compendio de la tontería. Hay un niño que persigue a Juan Ramón, cuando pasa a lomos de Platero, y el poeta cuenta que le grita que es «”¡...maj tonto que Pinitoooo!...” El pobre murió (...) hace ya mucho tiempo, cuando era yo niño aún, como tú ahora, Platero. Pero ¿sería tonto? ¿Cómo, cómo sería? Platero, muerto él sin saber yo cómo era, ya sabes que, según ese chiquillo, hijo de una madre que lo conoció sin duda, yo soy más tonto que Pinito».

Bien. Creo que no se me ha escapado ninguno. Ya está censado el “nosotros” que atesoran las páginas de *Platero y yo*. Individualizados, ya sea de manera anónima o con nombre y apellidos son nada menos que 116 las personas que habitan en este libro, y de todas las cuales he dado cuenta en esta conferencia.

Pero no quisiera cerrarla sin llamar la atención sobre la sensibilidad medioambiental de Juan Ramón, y ello tan pronto como a principios del siglo XX.

¿O será necesario recordar acá y ahora que la catástrofe ecológica en Huelva es de vieja data? Pero por si acaso sí fuera necesario, acá, en esta tarde en Huelva, y para concluir, citaré una vez más de *Platero y yo*, de ese libro al parecer tan alejado de la realidad, citaré la denuncia ecológica impresionantemente actual del capítulo 95, titulado “El río”:

«Mira, Platero, cómo han puesto el río entre las minas, el mal corazón y el padrastreo. Apenas si su agua roja recoge aquí y allá, esta tarde, entre el fango violeta y amarillo, el sol poniente; y por su cauce casi sólo pueden ir barcas de juguete. ¡Qué pobreza! Antes, los barcos grandes de los vinateros, laúdes, bergantines, faluchos –El Lobo, La Joven Eloísa, el San Cayetano, que era de mi padre y que mandaba el pobre Quintero, La Estrella, de mi tío, que mandaba Picón–, ponían sobre el cielo de San Juan la confusión alegre de sus mástiles –¡sus palos mayores, asombro de los niños!– ; o iban a Málaga, a Cádiz, a Gibraltar, hundidos de tanta carga de vino... Entre ellos, las lanchas complicaban el oleaje con sus ojos, sus santos y sus nombres pintados de verde, de azul, de blanco, de amarillo, de carmín... Y los pescadores subían al pueblo sardinas, ostiones, anguilas, lenguados, cangrejos... El cobre de Ríotinto lo ha envenenado todo. Y menos mal, Platero, que con el asco de los ricos, comen los pobres la pesca miserable de hoy... Pero el falucho, el bergantín, el laúd, todos se perdieron. ¡Qué miseria! ¡Ya el Cristo no ve el aguaje alto en las mareas! Sólo queda, leve hilo de sangre de un muerto, mendigo harapiento y seco, la exangüe corriente del río, color de hierro igual que este ocaso rojo sobre el que La Estrella, desarmada, negra y podrida, al cielo la quilla mellada, recorta como una espina de pescado su quemada mole, en donde juegan, cual en mi pobre corazón las ansias, los niños de los carabineros».

A propósito de este texto, mi buen amigo Bernardo Romero me contó hace poco que a él se lo dictaban en el colegio cuando tenía diez años, en el 66, y añadió el siguiente comentario: «Juan Ramón lo veía y lo escribía como algo inevitable. Ahora las cosas han cambiado. Poco a poco, el personal empieza a hablar, y otros, como servidor de usted, a gritar». Aprovecho, pues, la ocasión, para unir mi grito al de Bernardo y al de todos los demás que griten con él. Domingo Faustino Sarmiento, el polígrafo argentino, habló alguna vez de la necesidad de elegir entre la civilización o la barbarie, pero ¿qué, qué elegir... cuando la civilización es la barbarie? Entonces ya no queda sino gritar, aunque sea contra lo inevitable, como lo hizo Juan Ramón. Quien miraría al cielo «azul constante» de Moguer, y preguntaría: Porque tú sí que nos oyes, Platero, ¿verdad que sí?

Muchas gracias.

Platero Y Nosotros is a English album released on Nov 2014. Platero Y Nosotros Album has 1 song sung by ArcÁngel, Carmen Linares, Punto Final. Listen to Platero Y Nosotros song in high quality & download Platero Y Nosotros song on Gaana.com. Related Tags - Platero Y Nosotros, Platero Y Nosotros Songs, Platero Y Nosotros Songs Download, Download Platero Y Nosotros Songs, Listen Platero Y Nosotros Songs, Platero Y Nosotros MP3 Songs, ArcÁngel Songs. Albums. Nosotros is used for the pronoun, we. Using nosotros means that you are referring everyone in the group as being male. Nosotras, on the other hand, is basically the same thing, but you're just saying that everyone in the group is female. When using "nos" you have to put it with what is called a reflexive verb. Platero y Nosotros book. Read reviews from world's largest community for readers. Esta nueva edicion del ensayo de Eduardo Lolo sobre Platero y yo, la ... Start by marking "Platero y Nosotros: Estudio Critico" as Want to Read: Want to Read saving; Want to Read. Currently Reading. Read. Platero y Nosotros: Es by Eduardo Lolo. Other editions. Platero and I, also translated as Platero and Me (Spanish: Platero y yo), is a 1914 Spanish prose poem written by Juan Ramón Jiménez. The book is one of the most popular works by Jiménez, and unfolds around a writer and his eponymous donkey, Platero ("silvery"). Platero is described as a "small donkey, a soft, hairy donkey: so soft to the touch that he might be said to be made of cotton, with no bones. Only the jet mirrors of his eyes are hard like two black crystal scarabs.". Platero y nosotros. Created by luisel. Embed in Blog. Story: Spiral: Hey guest, we noticed you uploaded more than 30 photos (photos) to this slideshow. Every photo after the 30th will not be displayed but will be safely stored on our server.